

vecinos tejados, todo parecía concurrir á una emoción única. Ciertos encuentros, ciertas inexplicables combinaciones de cosas, contienen, seguramente, sin que nada excepcional aparezca en ellas, mayor cantidad de secreta quintaesencia de vida que la dispersada en los momentos corrientes de la existencia.



LOS ALFILERES

Av! amigo mío; ¡qué animaluchos son esas mujeres!

—¿Por qué lo dices?

—Me han jugado una mala pasada.

—¿A ti?

—A mí.

—¿Las mujeres, ó una mujer?

—Dos mujeres.

—¿Dos mujeres á un tiempo?

—Sí.

—¿Qué mala pasada ha sido esa?

Los jóvenes que esto decían estaban sentados á la puerta de un café del bulevar, tomando licores mezclados con agua, esos aperitivos que parecen



infusiones hechas con todos los colores de una caja de acuarelas.

Contaban la misma edad próximamente: de veinticinco á treinta años. El uno era moreno y el otro rubio. Tenían la semielegancia de los individuos que frecuentan los bastidores de los teatros, de esos hombres que van lo mismo á la Bolsa que á un salón, entrando en todas partes, viviendo en todas partes, amando en todas partes. El moreno, añadió:

—¿Te conté el otro día, si mal no recuerdo, mis

relaciones con aquella burguesilla encontrada en la plaza de Dieppe?

—Sí.

—Pues bien, lo de siempre. Yo tenía una querida en París, una por quien siento loca pasión, una vieja amiga, una amiga excelente, una *costumbre*, en fin, y la quiero conservar.

—¿Tu *costumbre*?

—Sí; la *costumbre* y la mujer. Está casada con un buen hombre, á quien aprecio igualmente mucho, un buen sujeto cordialísimo, un verdadero camarada. En fin, es aquélla una casa donde estaba como en la mía propia.

—Entonces...

—El caso fué que, como éstos no pueden salir de París, yo me encontré viudo en Dieppe.

—¿Por qué marchaste allá?

—Por cambiar de aire. No se puede estar constantemente en el bulevar.

—¿Y qué sucedió?

—Sucedió que en aquella playa encontré á la joven de quien hablé.

—¿A la mujer del jefe de negociado?

—Sí. La pobre se aburría de lo lindo. Su marido

no iba más que los días de fiesta, y es fastidioso. Me explico su desliz. Bailamos y reímos varias veces.

—¿Y lo demás?

—Sí; más tarde. En una palabra, nos encontramos, nos agradamos, se lo dije, me lo hizo repetir para mejor comprenderme, y no me opuso ningún obstáculo.

—¿Tú la amabas?

—Sí, un poco; es muy bonita.

—¿Y la otra?

—¡La otra estaba en París! Resumiendo: durante seis semanas todo marchó bien, y regresamos en la mejor armonía. ¿Por ventura sabes tú romper con una mujer cuando no te da motivos para formular una queja?

—Sí; muy bien.

—¿Cómo te las compones?

—La abandono.

—¿Pero cómo te las arreglas para abandonarla?

—No la voy á ver.

—¿Y si ella te va á ver á ti?

—Pues... no estoy en casa aquel día.

—¿Y si vuelve?

—Mando decir que me hallo indispuerto.

—¿Y si te cuida?

—Le hago una grosería.

—¿Y si ella la acepta?

—Escribo anónimos á su esposo para que la vigile los días en que la espere.

—¡Eso es grave! Yo no tengo resistencia. No sé romper. Las colecciono. A algunas no las veo más que una vez al año, á otras todos los meses, á otras en el momento en que el plazo expira, á otras cuando tienen deseo de ir á comer á la fonda. Las que tengo ya distanciadas no me preocupan, pero en ocasiones paso muy malos ratos con las nuevas para distanciarlas un poco.

—¡Al grano, al grano!

—El grano fué, que la empleadilla me resultó toda fuego, toda llama, sin un desliz, según ya te he contado. Como su marido pasa todos los días en la oficina, ella se acostumbró á plantarse en mi casa de improviso.

Poco faltó dos veces para que encontrase á mi *costumbre*.

—¡Diablo!

—Sí. He señalado á cada una sus días para evi-

tar confusiones. Lunes y sábados para la antigua; martes, jueves y domingos, para la nueva.

—¿Por qué tal preferencia?

—¡Ah! querido, porque es más joven.

—No te quedaban más que dos días de reposo cada semana.

—No necesito más.

—Te felicito.

—Pues bien; figúrate que me ha ocurrido la cosa más ridícula y más absurda del mundo. Cuatro meses llevábamos de esta vida, y todo había marchado perfectamente; yo dormía sobre mis dos almohadas, y era lo que se dice un hombre feliz, cuando de repente, el lunes pasado, todo se desmoronó.

»Esperaba á mi *costumbre* á la hora convenida, la una y cuarto, fumando un cigarro exquisito.

»Reflexionaba, satisfecho de mí, cuando noté que había pasado la hora. Quedé sorprendido, porque mi *costumbre* es exactísima. Pero lo atribuí á un pequeño retraso accidental. Sin embargo, pasó media hora, una hora, hora y media; y entonces comprendí que la habría impedido salir una causa cualquiera, una jaqueca tal vez ó un importuno. Son muy aburridas esas cosas, esas esperas... inútiles,

muy fastidiosas y muy enervantes. Al fin tomé una resolución, salí y, no sabiendo qué hacer, fuí á su casa.

»La encontré leyendo una novela.

»—¿Cómo ha sido eso?—le dije.

»Me respondió tranquilamente:

»—No pude ir: me ha sido imposible de todo punto.

»—¿Por qué?

»—Por... mis ocupaciones.

»—Pero... ¿qué ocupaciones?

»—Una visita fastidiosa.

»Pensé que no quería decirme la causa verdadera y, como estaba muy tranquila, no me inquieté más. Ya recuperaría el tiempo perdido al día siguiente, con la otra.

»El martes, yo estaba á consecuencia de esto muy... muy conmovido y muy enamorado, en expectativa de la esposa del empleado, y sorprendido de que no se adelantase á la hora convenida. A cada instante miraba el reloj con impaciencia.

»Vi pasar el cuarto, la media, luego las dos... No podía estar quieto y recorría á largas zancadas mi

habitación, pegando la frente á la ventana y el oído á la puerta para oír si subía la escalera.

» ¡Y dan las dos y media y luego las tres! Cojo el sombrero y corro á su casa. ¡Leía una novela!

» —¿Cómo ha sido eso?— la dije con ansiedad.

» Ella me respondió con tanta tranquilidad como mi *costumbre*.

» —No me ha sido posible, querido.

» —¿Por qué?

» —Por... mis ocupaciones.

» —Pero... ¿qué ocupaciones?

» —Una visita fastidiosa.

» Inmediatamente supuse que estaba enterada de todo; pero mostrábase tan tranquila, tan apacible, que acabé por rechazar mi suposición, por creer en una extraña coincidencia, no pudiendo imaginar aquel disimulo de su parte. Y después de una hora de amistosa charla, que veinte veces cortó la entrada de su hijita, hube de marcharme en extremo contrariado.

» Y figúrate que al día siguiente...

—¿Ocurrió lo propio?

—Sí...; y al siguiente día también. Y esto duró tres semanas, sin una explicación, sin que nada me

revelase el por qué de aquella extraña conducta, cuyo secreto sospechaba no obstante.

—¿Lo sabían todo?

—Del principio al fin. Pero ¿cómo lo habían descubierto? ¡El trabajo que me ha costado averiguarlo!

—¿Y cómo lo supiste al cabo?

—Por cartas. El mismo día, en los mismos términos, las dos se despidieron definitivamente de mí.

—Pero...

—Ahora verás... Ya sabes, querido, que las señoras llevan siempre encima un ejército de horquillas y alfileres. Las horquillas me son conocidísimas; desconfío de ellas, y concédolas mucha atención; pero los alfileres de cabeza negra que á nosotros, ignorantes, nos parecen todos iguales, pero que ellas distinguen como nosotros distinguimos un perro de un caballo, son bastante más péfidos.

» Parece que una tarde, mi señora empleada dejó uno de estos chismes reveladores clavados en mi colgadura, cerca del espejo.

» A la primera ojeada, mi *costumbre* distinguió en la tapicería aquel puntito negro del tamaño de una pulga, y sin decir nada le recogió y dejó en el mis-

mo sitio uno de sus alfileres, negro también, pero de distinta forma.

»Al siguiente día, la empleada quiso recoger el suyo, y en seguida conoció la substitución; tuvo entonces una sospecha, y colocó dos, cruzados.

»La *costumbre* respondió á esta señal telegráfica con tres cabezas negras, una encima de otra.

»Comenzada esta correspondencia, siguieron comunicándose, sin decirse nada, sólo por espiarse. Parece que en seguida la *costumbre*, más atrevida, enrolló á lo largo de la punta de acero un delgado papel en que había escrito: «Lista de correos, boulevard Malesherbes, C. D.»

»Entonces se escribieron. Estaba perdido. Comprenderás que no pararon aquí. Conducíanse con precaución, con mil astucias, con toda la prudencia necesaria en tales casos. La *costumbre* llevó luego á cabo un golpe audaz y dió una cita á la otra.

»Ignoro lo que se dirían. Sólo sé que yo hice el gasto de su conversación. Esto es todo.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿No sigues viéndolas?

—Sí, como amigo; no hemos roto por completo.

—Y ellas, ¿se han vuelto á ver?

—Sí, se han hecho amigas íntimas.

—¡Toma, toma! ¿Y no te da eso una idea?

—No; ¿cuál?

—Muy sencillo: la de hacerles clavar alfileres dobles.

